



Homilía despedida P. Camilo Inmaculado Corazón de María Domingo 4° de Cuaresma “B” 9/3/2024

Por lo general, nosotros vamos creciendo de forma lenta, progresiva, paulatina. Pero, a veces, nos puede suceder que un hecho o una situación particular nos haga madurar de golpe: una enfermedad, un hacernos cargo de algo antes de tiempo, algún imprevisto, que nos hace madurar de golpe.

Hoy a la comunidad de Corazón de María, se le invita a un paso importante en la fe y la confianza. Se nos va un amigo, un padre, un pastor, un misionero. Pero de nada serviría su partida, si nosotros nos vamos con él. A él le toca partir, a nosotros quedar, para poder asumir con madurez nuestra misión, practicar todo lo que él nos enseñó.

Nos gustaría tenerlo más, disfrutarlo más, pero es tiempo de partir...

El Señor nos desinstala, nos saca de nuestra comodidad, de nuestra zona de confort y nos pone en camino. Cuando creemos que hemos llegado, Él nos invita a volver a empezar. Ésa es la lógica del Evangelio: en camino, siempre en camino...

Hoy el Evangelio nos presenta las palabras de Jesús a Nicodemo. Nicodemo, un hombre mayor, con una vida ya hecha y derecha. Lo va a ver a Jesús, **de noche** - resalta el evangelista-, con una inquietud, una curiosidad, tal vez pensando que Jesús le iba a dar un consejito, un lindo pensamiento y luego lo mandaría en paz para su casa, para continuar con su tranquila y cómoda vida cotidiana sin demasiado cambio ni alteración. Pero no, no sucede así, el encuentro con Jesús te cambia la vida. *Nicodemo*, le dice Jesús, *si quieres ver el Reino de Dios, **tienes que nacer de nuevo...*** Nicodemo replica: *¿Cómo yo, que soy mayor, puedo nacer de nuevo, entrar de nuevo en el vientre de mi madre?...*

Hoy también a ti, querido Camilo, Jesús parece proponerte lo mismo: **nacer de nuevo**. Toda partida es **un parto**, doloroso, angustiante, incierto, inquietante, pero lleno de vida...

A puertas de la Pascua, queremos vivir este tiempo como comunidad parroquial, educativa y también diocesana, **no como una agonía, sino como un parto**. Como confió Jesús a sus íntimos, en torno a una mesa fraterna, ante la inminencia de su partida: *“La mujer, cuando va a dar a luz, siente angustia porque le llegó la hora; pero cuando nace el niño, se olvida de su dolor, por la alegría que siente al ver que ha venido un hombre al mundo. También ustedes ahora están tristes, pero yo los volveré a ver, y tendrán una alegría que nadie les podrá quitar”* (Jn 16,21-22).

Estamos, por tanto, frente a un parto, frente a una nueva vida que se está gestando. Si bien, nos cuesta descubrirla, pero, queremos tener esa misma mirada de fe, de confianza y de esperanza, como la tuvieron la Virgen, el discípulo amado y el mismo Nicodemo, ante el cuerpo ultrajado de Jesús, depositado en la tumba. Como aquel Viernes Santo, esta muerte aguarda una resurrección, esta partida aguarda una nueva vida por delante... Nos cuesta aceptarlo, pero algo dentro nuestro, que proviene de nuestra profunda fe, nos dice que Dios no nos dejará huérfanos, que Él es fiel y prometió estar siempre con nosotros, hasta el fin del mundo (Cfr. Mt 28, 20)...

Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga Vida eterna (Jn 3,16): esto decía Jesús a Nicodemo... Como el Padre Dios, entrega a su Hijo único y tan querido, como ofrenda para la humanidad, hoy se te pide a vos Camilo y a toda la comunidad, la ofrenda de algo muy valioso y hermoso. Hoy se nos pide la ofrenda de nuestra propia vida, para configurarnos mejor con Cristo, en la ofrenda existencial de nuestras vidas...

Disculpen mi autorreferencialidad, a mí también, recientemente, se me ha pedido la ofrenda de algo muy valioso. Yo estaba muy feliz y cómodo en Santiago del Estero, ése era mi lugar en el mundo, allí fui feliz durante 15 años de mi vida, sin embargo, Dios me invitó a sacrificar, como Abraham, a ese hijo tan querido... Y Dios, que no se deja ganar en generosidad, ya me está haciendo disfrutar de los frutos de esta entrega, algo voy viendo de que valió realmente la pena, de que no me soltó de la mano, de que su amor y fidelidad permanece para siempre...

Es tiempo de confiar, es tiempo de creer... *El que cree, sigue diciendo hoy Jesús a Nicodemo, no es condenado, el que no cree, ya está condenado...* Condenado en la tristeza, en el enojo, en la división, en el conflicto, en el chisme, en la condena, en tener una mirada muy humana y mundana respecto de esta partida, y no una mirada evangélica y confiada...

La mirada de fe, por el contrario, nos salva y salvará a la comunidad. Esta mirada logra trascender la coyuntura histórica, dolorosa e incomprensible, y la enmarca en una historia de salvación, donde todo cobra sentido, porque *el camino de Dios es perfecto* (Sal 18,31)... Lo que a los ojos humanos aparece como una desgracia, a los ojos de la fe, por el contrario, se nos presenta como una maravillosa oportunidad...

“Es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto” (Jn 3,14), sigue diciendo Jesús a Nicodemo. La Cruz es incomprensiblemente necesaria... Lo más desgraciado para la historia de la humanidad, que fue la muerte del Hijo de Dios en manos de los hombres, terminó siendo el manantial de gracia más grande para toda la humanidad...

No dejemos que el mal espíritu, que está al acecho para lastimarnos, dividirnos, enceguecernos, fraccionarnos en bandos, revanchas, remordimientos, nos separe y nos agriete... Nosotros somos de la luz, pertenecemos a la luz, no somos de las tinieblas...

Por el contrario, que la fuerza que emana de la Cruz nos conceda la gracia de crecer y madurar como comunidad, renunciando a nuestros cortos puntos de vista, para que con **magnanimidad**, es decir, con alma grande y generosa, no rastrera ni mezquina, ensanchemos nuestros horizontes, confiando, con fe firme y segura, de que Dios está haciendo algo nuevo y bueno en todos nosotros, aunque aún no lo veamos...

Que de la mano de Nicodemo, podamos hacer este paso de la noche a la luz, como nos preparamos para hacerlo en la Vigilia pascual, para que, con Cristo, sumergidos en lo más oscuro de la noche, resucitemos todos a una vida nueva. Que esta dolorosa **partida**, que **nos parte al medio** a todos, sea el **parto** de una vida nueva, muy fecunda, florida y viva en tu vida Camilo, en la de los hermanos claretianos y en toda esta hermosa comunidad parroquial, educativa y diocesana...

No he tenido la oportunidad, ni el privilegio de conocerte, Camilo, pero, como dice Jesús, *por sus frutos los conocerán...* Te conocí a través de tanta gente que en estos días me habló bien de vos. Queremos, por tanto, quedarnos con eso. Que toda la tristeza de esta partida no opaque, ni desdibuje tanto bien que has hecho, tanta huella que has marcado para todos nosotros, en estos años en Chascomús... **Y que toda la comunidad, ahora más que nunca, luego de esta Pascua, pueda resucitar unida, fortalecida en la fe, la esperanza y el amor, para que junto a los Padres**

Pedro, Francisco y Jorge, continúen en el camino de ser una comunidad orante, fraterna y misionera...

Gracias Camilo por la luminosidad de tu vida y que puedas seguir siendo muy fecundo en esta nueva misión que la Iglesia te encomienda.

Quisiera concluir con una hermosa oración del Beato Cardenal Eduardo Pironio, que me sostuvo mucho y acompañó en este tiempo de partida:

Enséñanos, María, la gratitud y el gozo de todas las partidas.
Enséñanos a decir siempre que Sí, con toda el alma.

Entra en la pequeñez de nuestro corazón y pronúncialo Tú misma por nosotros.
Sé el camino de los que parten y la serenidad de los que quedan.
Acompáñanos siempre mientras vamos peregrinando juntos hacia el Padre.
Enséñanos que esta vida es siempre una partida.

Siempre un desprendimiento y una ofrenda.
Siempre un tránsito y una Pascua. Hasta que llegue el tránsito definitivo, la Pascua consumada.
Entonces comprenderemos que para vivir hace falta morir, para encontrarse plenamente en el Señor hace falta despedirse.
Y que es necesario pasar por muchas cosas para poder entrar en la gloria (Lc 24, 26).

Señora de la Pascua: en las dos puntas de nuestro camino, tus dos palabras:
fiat y magnificat.
Que aprendamos que la vida es siempre un «sí» y un «muchas gracias».

Amén. Que así sea.




† JUAN IGNACIO LIÉBANA
OBISPO DE CASCOMUS